

LA EXPRESIÓN LITERARIA DE LA NACIÓN HISPANOAMERICANA

Luis Ricardo Dávila
Universidad de Los Andes, Venezuela

FUNDACIÓN

Siglo XIX hispanoamericano. Siglo denso, pesado, pleno de horizontes y de desafíos. Momento de construcción de permanencias, de definición de supuestos unificadores. La palabra supuestamente independiente se traslada y se regocija a lo largo y ancho de la región. Ella delimita, cohesiona, por veces espanta. Las palabras –en plural– van presagiando la unidad. El principio de unidad permanece, parece fijo, constante; sin embargo, se descompone para construir eso que uno llama “objeto intelectual”. Y poder ensayar trabajos como éste. La unidad es un sueño, por supuesto, pero también es una convicción, una tendencia. Sin unidad no habrá nación. Sin nación no se sedimenta la civilización. Desde aquel entonces en los rostros de las diferentes antiguas colonias hispánicas se puede leer la formación de lo nuevo, la emergencia de eso que puede llamarse “actualidad”. Acaso las naciones hispanoamericanas no necesitaron de la imprenta o del desarrollo del capitalismo para imaginarse como unidad¹. En casi toda la América española la imprenta llega en un momento estelar: cuando están dadas las condiciones para romper el nexo colonial. Ni un día antes, ni un día después, Es más, la imprenta es traída por los llamados “*Precursores*”, quienes ya presagiaban la raíz y el rostro de los independentistas, ergo de la

¹ Esta es la muy famosa y no menos manoseada tesis de Benedict Anderson para explicar el surgimiento de las naciones modernas, en *Imagined Communities. Reflections on the Origins and the Spread of Nationalism*. Londres: Verso, 1991 (1983).

libertad, de la cohesión y unidad. De manera que cuando llega la imprenta, los hispanoamericanos ya nos habíamos imaginado como una unidad precaria y contingente, pero unidad al fin.

Expresar la palabra escrita no fue más que una extensión –geográfica y mental– de lo que ya se hacía sentir y se veía venir en cada una de las regiones del Nuevo Mundo. Habíamos tenido nuestros últimos días coloniales que eran –en resumidas cuentas– nuestros primeros días de cohesión y unidad. Ya éramos capaces de hablar de un “barroco americano”, de unas colonias con horizontes comunes, de cronistas, de poetas, monjas, creadores y frailes mexicanos, también teníamos los viajeros de esas tierras americanas y la idea de ser libres. Habría que convenir, entonces, que fue nuestra experiencia colonial, que fueron nuestros días coloniales, los que permitieron la formación de aquellas condiciones que posibilitarían pensarnos, sentirnos y, lo más importante, soñarnos como comunidad.

EL MOVIMIENTO DE EMANCIPACIÓN LITERARIA EN CHILE (1842)

A la luz de las anteriores perspectivas, en este artículo se trata un tema íntimamente vinculado al proceso de formación y desarrollo de las naciones hispanoamericanas: la cuestión de la literatura. Este tema se planteó alrededor de la mitad del siglo XIX, en el ámbito geográfico del estrecho y largo Chile, en el escenario intelectual del joven liberalismo chileno y sus relaciones con Andrés Bello y su programa cultural. Las palabras con las que se escribía la literatura contenían los elementos del proceso de unificación. La forma cómo se dicen, en torno a cuáles hechos se cristalizan y se verifican los diferentes temas, cómo ocurren los procesos de recepción de los mismos, sirven de expresión literaria de la nación en Hispanoamérica.

La construcción de esas “comunidades imaginadas” llamadas naciones adopta formas de expresión que pueden ser interceptadas, observadas, seguidas históricamente, entendidas y explicadas. En lo que sigue, intentamos este ejercicio para el caso hispanoamericano en los meandros de la mitad del siglo XIX. El tiempo histórico que nos ocupa en este trabajo es aquel que hemos denominado el tiempo de la formación y bases de la modernidad hispanoamericana². Entender esta formación y bases de la

² Dávila, Luis R., *Formación y Bases de la Modernidad en Hispanoamérica. Ensayo de Historia Intelectual*. Caracas: U.L.A.-Tropykos, 2002.

modernidad en la parte hispana de América, en el tiempo histórico definido, requiere, además del cotejo exhaustivo y crítico de los distintos textos, de la ubicación y precisión de aquellas condiciones que dan existencia y contexto a su producción. Para buscar y, en ciertos casos, develar la sensibilidad y la conciencia propia de cada época, de cada testigo, de cada país o región, no basta respetar el orden cronológico y enlazar un documento con otro para reconstruir su trama y entender las condiciones históricas de su emergencia. El “almácigo” de enunciados y posiciones intelectuales, políticas, culturales y sociales debe ser, además, inscrito dentro del horizonte ideológico y estético de la época, ya que cada texto, cada documento significativo contiene y plantea su propia problemática, lo que le hace exigir su peculiar interpretación. Precizando estas tres cosas: condiciones de producción, la sensibilidad presente y el espíritu que la animó, es posible extraer los datos básicos que le dan raíz y rostro, fondo y forma –en nuestro caso– a la nación americana.

EXPRESIÓN AMERICANA Y CULTURA EUROPEA

A pesar de que su expresión se gesta, por lo general, a la sombra de la cultura europea, sus postulados estéticos y políticos se van progresivamente perfilando, desprendiendo del contexto histórico inmediato de cada país, en relación con un discurso ideológico, antes de adquirir rostro pleno en la producción intelectual (literaria o histórica) propiamente dicha. Tomar en cuenta los elementos o vectores de este discurso es de suma importancia para comprender las ideas, los intereses, las pasiones, en fin, las preocupaciones que gobernaron la formación de las naciones en las diferentes épocas y regiones. La postura romántica frente a Europa no deja de ser ambigua, por dos razones: 1. La tarea de crear una literatura original incentiva la afirmación y descripción de lo propio americano en sus diferentes matices (historia, costumbres, paisajes, cuadros sociales), pero, al mismo tiempo, sus intelectuales fijan los ojos de la razón y el espíritu en una Europa idealizada a través de los símbolos del progreso y la civilización. 2. El logro de la meta que postulaba un programa de creación de una expresión genuinamente americana se veía ensombrecido por el europeísmo declarado y en ciertos casos casi militante. Los más sensatos razonaban en términos de llegar a una solución de compromiso: diferenciar lo que de útil tuviese la influencia europea trasladada a América, de aquellos aspectos que no ofreciesen utilidad o que incluso pudiesen ser nocivos una vez puestos en el

escenario americano. Pero este traslado estaría condicionado más que por criterios estéticos, por una visión de las necesidades políticas e ideológicas de quienes actuaban en ese escenario; vale decir, estaría condicionado en virtud de intereses y relaciones sociales. No obstante, en el plano literario se preparaban las condiciones que iban dando rostro a lo autóctono. Es cierto que no abundaron grandes obras con signos americanos individualizadores, pero en la producción de poemas paisajistas, de relatos históricos o de cuadros costumbristas, la huella americana es reconocible.

El tono general de las distintas composiciones iba adquiriendo carácter a través del uso de un lenguaje cada vez más puro, con propiedad de los giros y acabada expresión de un sentimiento de pertenencia a una realidad recién incorporada a la historia de la cultura occidental. No en vano las discusiones polémicas sobre una suerte de americanización del idioma, sobre literatura, arte, ciencia o historia constituían el sustrato discursivo dominante: “¡Mire usted, en países como los americanos, sin literatura, sin ciencias, sin arte, sin cultura, aprendiendo recién los rudimentos del saber[...]!”³. Esta apreciación de Sarmiento era bien significativa de la orientación que habrían de tomar las cosas concernientes a América. Para los románticos, al desconocer cualquier herencia hispánica, se trataba de crearlo todo; la diferenciación con el coloniaje habría de ser total, para poder constituir la nueva identidad de una América independiente y moderna.

En la medida en que arreciaba la dictadura de Rosas, ya entrada la década del 40, el desarrollo de este sustrato discursivo se concentraría en Chile. Al movimiento intelectual que apenas germinaba en este país se le agregarían los “proscritos” argentinos (Sarmiento, Alberdi, Mitre, Frías, Gutiérrez, López): “Esa colonia de emigrados contrastaba singularmente por la solidez de sus estudios con el letargo en que estaba sumida en Chile la inteligencia y el espíritu público [...] su aparición en el diarismo produjo una revolución literaria”⁴. Ellos traerían consigo el movimiento romántico, librando en 1842 una breve pero ruidosa batalla con los discípulos de Andrés Bello. A la colonia de emigrados le apoyarían algunos jóvenes chilenos, entre ellos destacó José Victorino Lastarria (1817-1888). Si bien entre

³ Sarmiento, D.F., “Segunda contestación a un Quidam”, *El Mercurio*, 22 de mayo 1842. *Obras Completas*, Buenos Aires: Editorial Luz del Día, 1949, I, p. 227.

⁴ Opinión del historiador chileno Gonzalo Bulnes en 1875, cit., en L.A. Sánchez, *Nueva historia de la literatura americana*. Buenos Aires: Editorial Américalee, 1944, p. 190.

los intelectuales argentinos la afiliación romántica no ofrecía mayores dudas, en el caso específico de Lastarria esta caracterización, aunque convincente a primera vista⁵, contiene y plantea su propia problemática y, por tanto, es susceptible de ser matizada al menos en dos sentidos: 1. Para él, la literatura cumpliría función utilitaria en la naciente sociedad chilena. En la medida en que la educación y la ilustración popular eran lo más importante, la literatura jugaría un papel didáctico. 2. Más que concebir un programa artístico de filiación romántica, el programa de Lastarria era eminentemente político, fundado sobre el esquema ideológico liberal, vale decir, era un “programa liberal de emancipación”, donde lo sustantivo es más bien la emancipación o la regeneración de la conciencia, y lo adjetivo, la literatura⁶. Su programa no será en primera instancia una proyección ya opacada de un fenómeno cultural europeo, sino un intento de fundación de unos intereses políticos inscritos dentro del horizonte ideológico liberal. La expresión de esta postura establecería relaciones comprensibles entre lo político, lo literario, lo filosófico y lo histórico. Con estas consideraciones puestas por delante, pasemos a continuación a examinar un gran eje de la expresión americana entre 1842 y 1848, cuyo epicentro geográfico fue Chile: la cuestión de crear una literatura nacional.

“Fundar una literatura propia” (Lastarria)

Hasta 1842, la vida intelectual chilena había sido precaria. La prensa, aparte de escasa, cargaba aún con ciertas costumbres y preocupaciones de la tradición y el espíritu colonial. En política, la norma conservadora —“la reacción colonial”, la llamará Lastarria— marcaba la pauta, especialmente entre 1831 y 1841, con el gobierno del general Joaquín Prieto. En enero de 1839 finalizó la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, con el triunfo de Chile, de estimable significado psicológico para la población. Se hizo

⁵ Fernando Alegría en sus “Orígenes del romanticismo en Chile. Bello-Sarmiento-Lastarria”, *Cuadernos Americanos*, XXXV, 5 (septiembre-octubre), 1947, ubica la influencia de sus ideas, sin duda alguna, entre las que un efecto más directo tuvieron “en el proceso de la evolución [...] desde el neo-clasicismo al romanticismo” (p. 187). Y a su discurso inaugural de la Sociedad Literaria en 1842 lo considera como “el manifiesto romántico de la literatura chilena” (p. 190).

⁶ Subercaseaux, B., “Romanticismo y liberalismo en el primer Lastarria”, *Revista Iberoamericana*, N^{os} 114-115, (enero-julio), 1981, p. 305.

manifiesto un espíritu nacional cohesionado y fortalecido, al mismo tiempo que se renovaban las glorias de la lucha independentista, lo cual quedó bien reflejado en la letra de la canción de *Yungay* (nombre de la última batalla librada contra la Confederación): “¡Ligera la planta,/Serena la frente,/Se avanza impaciente/A vencer o a morir!”⁷.

La influencia más profunda entre la juventud había sido ejercida, en los tres años que pasó en Chile (1828-1831), por el emigrante político español, poeta, educador y literato, José Joaquín de Mora. Su partidismo liberal muy pronto le ganó la persecución del partido conservador dominante. A su partida quedó ejerciendo altísimo e indiscutido magisterio el caraqueño Andrés Bello, llegado a Chile en 1829, luego de su larga residencia en Londres (1810-1829). Desde los primeros momentos se le confiaron obras de alta responsabilidad ejercidas acorde con su capacidad sobresaliente, su decidida vocación por las letras y su interés de animar un vasto movimiento cultural que abrazara toda América. No solo inició desde su llegada la publicación del semanario oficial *El Araucano* (1830), de fecunda labor divulgadora de cultura, sino que también fue consultor del gobierno y autor de las piezas oficiales más importantes entre 1830 y 1860. Era este el ambiente en el que iniciaron sus tareas para constituir un verdadero movimiento intelectual (literario y político) jóvenes como Lastarria, Tocornal, García Reyes, Sanfuentes, Bilbao, Vallejo, Chacón. De entre ellos, Lastarria se distingue como el mejor símbolo de ese movimiento, en cuanto a sus aportes al desarrollo de la cultura chilena a lo largo del siglo XIX.

El año 1836 es tomado como el momento supremo de la crisis política, educativa y moral de la sociedad chilena. Los primeros intentos, iniciados desde la década de 1820, de organizar una república democrática, liberal y fundar el derecho público del país que sustituyese la norma colonial, habían fracasado: “así estábamos callados y no pocos llorando en 1836”⁸. Todo el interés de la organización política conservadora se resumía en la palabra “orden”, suerte de término con efectos mágicos y adormecedores

⁷ Donoso, R., *Desarrollo político y social de Chile desde la Constitución de 1833*. Santiago: Imprenta Universitaria, 1942, p. 22; Donoso, R., *Ideas políticas en Chile*. México: Fondo de Cultura Económica, 1946.

⁸ Lastarria, J.V., “Recuerdos literarios. Datos para la historia literaria de Chile”, en *Obras Completas*. Santiago, 1912 (1878), X, p. 32. Las citas siguientes aparecen en el texto. Se ha actualizado la ortografía de la versión original.

que facilitaba sin grandes sobresaltos el curso de un estado de cosas que no significaba más que “el imperio del poder arbitrario y despótico [...] la posesión política del poder absoluto” (p. 63). En 1838, los intereses políticos liberales asumen una representación en la prensa y, por lo tanto, en la política interior vía su influencia sobre la opinión pública. El momento es aprovechado para preparar la organización de un nuevo partido liberal que, extraño a los antiguos odios de aquél de 1828, animara el espíritu público con su ideología, representara los intereses democráticos y contribuyera a reformar las instituciones. La base del triángulo ideología-partido-reformas no podía ser otra que aquella generación educada al margen de antiguos rencores e intereses y en armonía con las nuevas doctrinas:

“Creíamos que la enseñanza política era la base de la regeneración, porque sin ella, ni era posible conocer y amar los derechos individuales y sociales que constituyen la libertad, ni mucho menos era dable tener ideas precisas sobre la organización política, sobre sus formas y sus prácticas, para poder distinguir las que sean contrarias de las que son favorables a la república democrática” (p. 91).

Entretanto, comenzaban a brillar algunos de quienes habían salido de las aulas de Mora, primero, o de Bello, más tarde. La influencia de este último “fue inmensa en aquella época, fue casi una dominación [...] los discípulos salían diariamente de su aula a difundir las ideas y el método del maestro [...]” (p. 85). Con las anteriores posiciones se comienza a vislumbrar cómo la literatura y su enseñanza eran subsidiarias, para Lastarria y otros, del plan de emancipación política liberal. Las condiciones del país hacían que el fortalecimiento de este nexo entre literatura y política fuese canalizado más fácilmente en torno a un movimiento literario que figurando en los partidos políticos, sobre todo si se piensa que el discurso ideológico subyacente a esta juventud amenazaba los intereses del orden conservador. El año 1841 fue electoral y, como tal, la producción literaria y política creció significativamente a través de la fundación de periódicos, la publicación de folletos que exaltaban la importancia de las distintas fuerzas en pugna: liberales, “conservadores pelucones” y conservadores del círculo gobernante. El presidente electo fue el general Manuel Bulnes, conservador moderado y vencedor de *Yungay*. En medio de un clima de distensión política, aquellos jóvenes liberales comenzaron a promover la formación de una sociedad literaria “con el objeto de escribir y traducir, de estudiar y conferenciar para preparar la publicación de un periódico literario que fuese

al mismo tiempo un centro de actividad intelectual y un medio de difusión de las ideas” (p. 104).

Llegó, entonces, el año 1842 que fue el *annus mirabilis* de Lastarria y de aquellos ex discípulos de Mora y de Bello. La mayoría mostraba deseos ardientes de regeneración de la sociedad, así como de proclamar y enseñar las nuevas doctrinas. El 3 de mayo se instaló, en sesión solemne y siguiendo el ejemplo fundador de la Asociación de Mayo argentina, la soñada *Sociedad Literaria*. Lastarria fue nombrado su presidente, correspondiéndole el discurso inaugural. Se presentaba la posibilidad de levantar la voz en nombre de lo más renovador de la sociedad chilena; había llegado el momento “en que teníamos que aparecer ante nuestra sociedad de aprendices, teniendo por jueces a escritores y letrados como aquellos” (p. 11. Lastarria se refiere a hombres como Bello, García del Río, Vicente Fidel López). Pero también llegaba el momento de echar los fundamentos de una educación literaria que definiera los tonos y matices de la expresión americanista de esta juventud y, en general, del elemento popular: “[...]nuestros esfuerzos a conseguir el fin de nuestra revolución. ¿Y cómo conseguirlo? Ilustrándonos para difundir en el pueblo las luces y las sanas ideas morales” (p. 117).

Esta era la fuerza principal que animaba la constitución de la *Sociedad Literaria*. Tanto sus actividades (presentación de trabajos, debates sobre distintas materias, recitales de poemas patrióticos, sesiones de estudio, comentarios de grandes obras universales de historia, filosofía, literatura⁹), como el discurso inaugural de Lastarria, promueven y fijan las bases sobre las que la república chilena se independizaría de las cadenas coloniales para intentar la fundación de una literatura nacional que, como siempre, se declaraba con rasgos de originalidad¹⁰. Al igual que en el resto del

⁹ Ver comentarios a las *Actas de la Sociedad* (1842-1843) en Subercaseaux, B., “Intento de fundación de una literatura nacional”, *Cuadernos Americanos*, vol. CCXXII, N° 1 (enero-febrero), 1979, pp. 175-176.

¹⁰ Jacinto Chacón, uno de los secretarios de la Sociedad, escribe un poema (*Historia Moderna*) que divide en tres partes: *La Europa*, *La América* y *Chile*, las tres eran constitutivas del universo mental de aquellos jóvenes: “Marchad ‘más nunca a ciegas’ Mi Patria. No ignorante/en brazos del pasado tu espíritu abandones./ El libro de la Historia comprende y ve adelante,/la Europa lo descifra: escuchad sus lecciones./La fataliza Vico, Bossuet la profetiza/ Guizot lo desarrolla y Herder lo profundiza/Modernos inspirados que en ese Album divino/de un Dios ven los decretos, y nuestro gran destino”, cit. en Subercaseaux, “Intento...”, *op. cit.*, p. 177.

continente, en Chile todo estaba aún por hacerse: fundar la nación, fundar literatura, crear las narrativas y los símbolos cohesionadores, expresar las nuevas realidades históricas y sociales de la nacionalidad, describir el gran libro de la naturaleza. Para enfrentar tan magnas exigencias, en la alborada de los nuevos tiempos, se habrían de recoger y elaborar doctrinas, filosofías y métodos que, auxiliados por una voluntad de construir, dieran los ansiados frutos. A pesar de ser caracterizado este discurso como el manifiesto romántico de la literatura chilena y a la generación de 1842 como la primera generación romántica del país, tales juicios son matizables según las circunstancias. Examinemos a continuación los principales conceptos y la estrategia retórica de las palabras pronunciadas por Lastarria aquel 3 de mayo.

EL DESTIERRO DE LA IGNORANCIA

La Sociedad tendría un carácter “académico”, esto es, educativo, ilustrador de las mayorías. Lastarria siente, como escritor liberal, como educador e intelectual, el deber de esparcir ilustración por todo el tejido social. A la ignorancia habría que desterrarla para siempre. Superada la anarquía y coronada la paz, no quedaba otra tarea que cultivar la inteligencia —esto ya lo habían planteado los argentinos de 1837— en el campo de la educación, la literatura, la filosofía y la historia. El objeto de la Sociedad no podría ser otro que “poner en contacto vuestras inteligencias para seros útiles recíprocamente, para manifestar al mundo que ya nuestro Chile empieza a pensar en lo que es y en lo que será” (p. 119). Y la fuerza que impulsaría ese presente y futuro de la nación sería —siguiendo dentro de la honda dominante— “la ley del progreso”. Esta es —explica— “la ley de la naturaleza que mantiene a la especie humana en un perpetuo movimiento expansivo, que a veces violento, arrastra en sus oscilaciones hasta los pueblos más añejos y más aferrados a lo que fue” (Idem.). Esta convicción, presente en Lastarria, de la evolución histórica como naturaleza es de retener, pues da perfil a su filosofía de la historia, como se verá más adelante. Luego de la Independencia, una vez superado el regresivo momento colonial, el movimiento expansivo se orientaría hacia la democracia republicana y liberal, pero su culminación no solo requería de “riqueza” y promoción de intereses personales: “otro apoyo más quiere la democracia, el de la ilustración” (p. 120). Esa era, en breve, “la necesidad social” más apremiante de aquel momento histórico: “[...]nada será Chile, la América toda, sin las luces” (p. 121).

Luego: progreso, democracia e ilustración eran las claves que definían las tareas de la “generación presente”. Pero, esto no lo era todo. Falta el elemento articulador de tales claves; aquel que permitiría forjar una representación de la unidad de la sociedad; aquel que permitiría convertir lo particular en universal, la diversidad de intereses de los agentes sociales en homogeneidad. Precisamente este elemento descansaría en la fundación de una literatura nacional. Para darle asidero a esta otra no menos importante necesidad, punto de apoyo de la difusión de las luces, Lastarria se propone discurrir sobre tres tópicos: 1. El estado presente de la literatura. 2. Los modelos a seguir para su cultivo. 3. El rumbo a imprimirle para hacerla “provechosa al pueblo”.

1. Las ideas que en torno a la literatura expone Lastarria siguen aquellos argumentos ya esbozados por el crítico romántico español Mariano José de Larra en 1836, de gran influencia en América¹¹: “expresión de la sociedad”, “resorte” que revela las necesidades morales e intelectuales, “cuadro” donde se consignan las pasiones, ideas, gustos, opiniones, religión y preocupaciones de toda una generación. Tan amplia expresión de la vida social abarcaría también los más diversos materiales de la producción intelectual: las concepciones del filósofo y del jurista, las verdades del matemático y del historiador, “los raptos, los éxtasis deliciosos del poeta” (p. 122). En punto a estas materias, la sociedad chilena vivía una alborada donde todo estaba aún por edificarse, cuyo comienzo había sido 1810. Antes de esa fecha simbólica no existían ni recuerdos halagadores ni lazos de unión: “durante la colonia no rayó jamás la luz de la civilización en nuestro suelo” (p. 123). Se repite así en Lastarria aquella matriz romántica que negaba toda influencia cultural y educativa de alcance en los siglos del coloniaje. Igualmente podría decirse que se hace eco de la crítica que el propio Larra hace a la literatura española. A la negación seguía la condena del pasado hispánico.

¹¹ Larra, M. J., “Literatura. Rápida ojeada sobre la historia e índole de la nuestra. Su estado actual. Su porvenir. Profesión de fe”, *El Español*, 18 de enero de 1836, en *Artículos de crítica literaria y artística*, vol. II (pról. y notas por J.R. Lomba y Pedraja). Madrid: Espasa-Calpe, 1940, pp. 158-169. “La literatura es la expresión, el termómetro verdadero del estado de la civilización de un pueblo[...]”, p. 158, señala Larra al inicio de su artículo.

Los pocos destellos de una literatura nacional, aunque aún no vigorosa, aparecieron –según el orador– en los escritos de Camilo Henríquez, durante la Independencia y años siguientes; y continuaron en obras como la de Mora y la de Bello. Pero el balance del estado de la literatura era, por lo general, precario: “muy reducido es el catálogo de nuestros escritores de mérito; muy poco hemos hecho todavía por las letras; me atrevo a deciros que apenas principiamos a cultivarlas” (p. 125). Y este cultivo no podría venir independiente del diseño de un sistema de educación y de nuevos métodos para implementarla.

2. Definido el estado precario de la palabra, vendría, entonces, la cuestión de los modelos a seguir para superarle. Si de progreso y civilización se trataba, habría que desviar naturalmente la mirada hacia Europa, valga decir hacia aquellas “naciones envejecidas en la experiencia” (p. 126). El método para aprender a mirar no podía ser otro que el de la imitación: “el que se nos ofrece más a mano”. No obstante, Lastarria cree necesario imitar, pero concibe como más importante aún tomar con juicio lo que fuese adaptable a las características nacionales, así se podrían conjurar los peligros que la imitación ciega representaba para un pueblo. Había que imitar. De acuerdo. Pero siempre y cuando se fuese “prudente”. A pesar de esta cautelosa posición, en otra parte del discurso la prudencia se vuelve arrogancia, propia de la juventud del orador (25 años): “debo deciros que muy poco tenemos que imitar, nuestra literatura debe sernos exclusivamente propia, debe ser enteramente nacional” (p. 127). En esto de la creación cultural habría que ponerse plomo en las alas. Por veces, Lastarria parecía entenderlo: “¡Ah, señores, qué penoso es para las almas jóvenes no poderlo crear todo en un momento!” (p. 127).

Ordenemos las cosas antes de seguir adelante. Como ocurría en toda América, no quedaba otro camino que ensayar con los instrumentos existentes pero, sobre todo, había que reformarlos aprovechando el firme curso de la experiencia europea; con la constitución de aquella *Sociedad Literaria* daba un paso al frente la generación dispuesta a la tarea. ¿Qué quedaba, entonces? ¿De qué manera implementar en la práctica la “imitación prudente”? En aquellas circunstancias, ¿cuál sería el modelo a seguir por la naciente literatura chilena? Comencemos por esto último. Si algo aparecía claro en Lastarria era el modelo que no se seguiría: el ofrecido por la literatura española. Aquella no sería ni ejemplo, ni camino a transitar por los miembros de la Sociedad. Aún estaban muy vivas las huellas de la

revolución de independencia. Si ésta se dirigió contra el régimen político-monárquico español, la revolución literaria se dirigiría ergo contra la tradición española en cuanto a las letras: “esa literatura no debe ser la nuestra, porque al cortar las cadenas enmohecidas que nos ligaron a la Península, comenzó a tomar otro tinte muy diverso nuestra nacionalidad” (p. 127). Se imponía, pues, para resolver tan urgente cuestión del modelo literario a construir, aprovechar las ventajas que en el largo camino hacia la civilización habían adquirido otros pueblos más antiguos –“esta es la fortuna de los americanos”. Solo quedaría –por la fuerza de su realidad– un vínculo con España: la lengua. Y en este punto, Lastarria aprovecha para criticar aquellos románticos argentinos que en 1837 llegaron al extremo de pedir la emancipación de su lengua: “deslumbrados por los halagos lisonjeros” de la literatura francesa, creían que el castellano no era suficiente para expresar nuevos conceptos, adoptar nuevos giros y “construcciones exóticas” (p. 129). Lo que ocurría era que se había caído en el error de confundir literatura e idioma. Este era perfectible y, en efecto, así lo mostraba su uso: “fenómeno curioso, somos infantes en la existencia social y poseemos un habla que anuncia los progresos de la razón[...]” (p. 129). Cualesquiera fueran las reformas, cualesquiera los progresos y las acciones nacionales, “siempre tendremos en nuestro idioma un instrumento fácil y sencillo que emplear en todas nuestras operaciones” (p. 130).

Una vez perfeccionado el castellano, haciéndole significar los más elevados conceptos filosóficos, los más refinados progresos del entendimiento de aquel tiempo, convirtiendo sus frases y modismos en variado y descriptivo medio de expresión, entonces sí: “ya estaréis capaces de recibir las influencias de la literatura francesa, de esa literatura que sojuzga la civilización moderna” (p. 131). Aunque Lastarria evitó cuidadosamente utilizar la palabra romanticismo, también evitó caer en un afrancesamiento en las letras tan extremo como el de sus congéneres del Plata. Y, sin embargo, citó profusamente a Victor Hugo y a Artaud; además, elogió la literatura de la Francia por haber levantado el telón que descubría una rebelión literaria: “ella ha emancipado su literatura de las rigurosas y mezquinas reglas que antes se miraban como inalterables y sagradas, le ha dado por divisa la verdad[...]” (p. 134). Ahora sí se descubría el sentido de la imitación prudente y del modelo a seguir en la fundación de la literatura nacional. En cuanto a su capacidad emancipatoria, la literatura francesa “merece nuestra imitación. Fundemos, pues, nuestra literatura naciente en la independencia, en la libertad de genio” (Idem). Lo de la prudencia vendría enseguida.

Se leería a los autores franceses: pero “no para que los copiéis y trasladéis sin tino a vuestras obras, sino para que aprendáis de ellos a pensar [...]” (p. 135). Aprendiendo a pensar se alejaría el peligro de tener una literatura con existencia prestada. La realidad chilena brindaba todos los elementos para que su expresión fuese auténtica, de allí que “señores, fuerza es que seamos originales” (Idem)¹². Pero, además, solo de esta manera la literatura sería también expresión de la nacionalidad y no el exclusivo patrimonio de una clase privilegiada”.

3. Tomando de nuevo una cita de Artaud, Lastarria desarrolla esta idea en cuanto al rumbo a imprimir a la naciente literatura de manera de hacerla provechosa al pueblo: “Me preguntaréis qué pretendo decir con ésto, y os responderé con el atinado escritor que acabo de citaros, que la nacionalidad de una literatura consiste en que tenga vida propia, en que sea peculiar al pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que se producirá tanto mejor mientras sea más popular [...]” (p. 135). Acaso sea ésta una de las proposiciones más importantes del discurso de Lastarria, en dos sentidos: 1. Al hablar de nacionalidad literaria, el término se empleaba en un omniabarcante sentido, ninguna creación original o imitadora podría quedar fuera de los intereses, pasiones, carácter y escenas de la nación; por el contrario, su objeto era proveer una clara representación de éstos. Al menos era lo que se desprendía claramente de la propia definición de literatura como “expresión de la sociedad”. 2. La proposición servía de asidero a la exigencia de originalidad. Copiando literaturas extranjeras no sería posible llegar a expresar la nacionalidad, a representar las fuerzas y escenarios en los que se movía el ser nacional. Los términos del discurso no hacían sino acentuar la exigencia: “No hay sobre la tierra pueblos que tengan como los americanos una necesidad más imperiosa de ser originales en su literatura, porque todas sus modificaciones le son peculiares y nada tienen de común con las que constituyen la originalidad del Viejo Mundo” (p. 136).

¹² A. Zum Felde anota sugestivamente, a propósito de esas solemnes declaraciones de originalidad, que el reiterado distingo entre imitación y aprendizaje es muy sutil en la práctica “y casi siempre se resuelve –como nos lo prueban sus productos– en trasunto y reflejo”. Ver *Índice crítico de la literatura hispanoamericana*. México: Guaranía, 1954, p. 85.

Lo demás no serían sino añadiduras a la gran tarea “de hacer de nuestra literatura nacional, útil y progresiva” (p. 137). Los grandes temas de ésta serían los temas románticos de siempre: la explotación de la belleza y demás atributos naturales, interrogar las necesidades sociales y morales “de nuestros pueblos”, describir sus costumbres y sentimientos, recordar los hechos heroicos, “venerar la religión”. Sacando provecho de tan intensos temas se estrecharía la unión de la sociedad y se le acostumbraría “a mirar siempre unida, su libertad y su existencia social” (p. 137). Lastarria intenta despertar en aquellos jóvenes receptores de sus palabras la conciencia de ser precursores de todo un mundo por construir; dándole un cierto “sentimiento misionero”¹³ a la emancipación literaria y mental de la sociedad, donde el ideario liberal jugaba papel estelar. Había que enseñar a la sociedad a ser liberal; la literatura era, entonces, todo acto de escritura de carácter fundador y no solo expresión de la imaginación. “La cuestión de literatura tomó –añadía Lastarria– el carácter de cuestión nacional” (p. 167). A pesar de que el público recibió el discurso con indiferencia (p. 139), desde el primer momento se constituyó en documento histórico fundador. Había quienes opinaban en este sentido: “la primera voz que alza la generación nueva”, “el primero que toca las cuestiones que debieran ocupar el pensamiento nacional”, “la primera palabra que pronuncia un niño, causando una sonrisa de júbilo en el semblante de su madre”... (pp. 113-114); estas eran algunas de las metáforas con que se expresaba la recepción del discurso.

“Todas las verdades se tocan” (Bello)

El 19 de noviembre de 1842 fue creada por ley la Universidad de Chile; se inauguró solemnemente el 17 de septiembre del año siguiente con un discurso de su rector Andrés Bello. Sus palabras expresaban muy sutilmente un deseo de armonizar las novedosas posiciones de aquella juventud partidaria de la escuela liberal con los principios eternos de la creación estética. “Todas las verdades se tocan”, expresaba con gran acierto el ilustre humanista caraqueño. Y esto era válido para todos los campos del quehacer humano: desde los concernientes al universo y la naturaleza hasta aquellos

¹³ Subercaseaux, *ibídem.*, p. 178.

que expresan las acciones y reacciones de las fuerzas políticas; “hasta los que sientan las bases inmovibles de la moral”¹⁴. Con esta afirmación puesta por delante, el maestro extendía su mano a todas las corrientes, sin pronunciarse por ninguna en particular. Él conocía muy bien cuán necesaria era la unidad en aquellos momentos; y aun si ésta se mostraba imposible de alcanzar, él al menos propiciaría que cada quien desde sus propias posiciones y convicciones contribuyese a la gran tarea de estructurar la educación nacional, de fundar la literatura, de dar contenido a la conciencia social inculcando valores cívicos y culturales. Acaso esta era la continuación de su obra americanista iniciada desde los días de Londres. Si las colonias habían recibido de la metrópolis su lengua, su cultura, su religión y sus instituciones, luego de la emancipación política la tarea sería la de construir su propia civilización, esto es, definir claramente las diferentes culturas nacionales.

En ese punto no se estaba muy lejos de las creencias de la juventud liberal, el problema era cómo hacerlo. Más allá de la leyenda, en algunos casos infundada, del conservatismo político y el neoclasicismo estético de Bello, resultado de simplificaciones históricas interesadas, el maestro daba prueba en su discurso de ser tan liberal en sus puntos de vista como los jóvenes de la neonata *Sociedad Literaria*; y tan romántico en su expresión estética como los más de aquellos días¹⁵. Pero, la biografía de Bello era distinta; él había vivido otros tiempos y compartido otras experiencias, y nada saldría de su enorme espíritu constructivo que no fuese primero decantado reflexivamente. Al impulso idealista de la juventud reformadora, el humanista opondría la acción y la palabra meditada y juiciosa, realista y consciente de las posibilidades inmanentes a las repúblicas americanas. Una de ellas era la concerniente al cultivo del espíritu liberal. Así, las actividades del nuevo centro de producción y difusión del saber se iniciaban “bajo la influencia de la libertad, espíritu vital de las instituciones chilenas” (p. 4). En consecuencia, su recompensa no podría ser sino en beneficio “de la religión, de la moral, de la libertad misma, y de los intereses materiales” (Idem). Para fundar y demostrar las proposiciones de su discurso, Bello

¹⁴ “Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile el día 17 de septiembre de 1843”, *Obras Completas*, tomo I/“Temas educacionales” (pról. Luis Beltrán Prieto), Caracas: La Casa de Bello, 1982, p. 5.

¹⁵ Sobre el desarrollo de estos argumentos, ver Alegría, F., *op. cit.*, p. 176.

escogió tres temas: 1. La influencia moral y política de las ciencias y de las letras. 2. El ministerio ejercido por los cuerpos literarios. 3. Los trabajos especiales asignados a las facultades universitarias “en el estado presente de la nación chilena” (p. 5).

Situándose más allá de la recurrencia a utopías abstractas, precisamente una de las principales causas –según Bello– de la continua agitación de las nuevas repúblicas, había que nutrirse fundamentalmente de la experiencia histórica universal. Esta experiencia señalaba que el cultivo de las ciencias y las letras abría los caminos hacia la civilización. La evidencia era puesta al alcance de todos:

“¿Quién prendió en la Europa esclavizada las primeras centellas de libertad civil? ¿No fueron las letras? ¿No fue la herencia intelectual de Grecia y Roma, reclamada, después de una larga época de oscuridad, por el espíritu humano?” (p. 6).

Las respuestas a estas interrogantes no se harían esperar. Las ciencias y la literatura elevan el carácter moral de cada pueblo, de cada civilización. Y aquella moral, que Bello no separaba de la religión y de la política, constituía la vida misma de la sociedad, de la civilización. Luego, todo lo que enturbiase la moral y obstaculizase el libre desarrollo de las ciencias y las letras, “no debe un gobierno sabio incorporarlo en la organización del estado” (p. 4).

Definidas las bases de esta manera, las universidades y academias –que también incluían las “corporaciones literarias”, como para no dejar afuera a la recién creada *Sociedad*– estaban llamadas a cumplir un papel estelar en la producción y divulgación científica y literaria. De aquí se derivaba un urgentísimo punto: la instrucción de la población en ambos campos. La proposición de Bello –al igual que aquella expresada por Sarmiento– no podía ser otra que urgir el fomento de su enseñanza: “Yo ciertamente soy de los que mira la instrucción general, la educación del pueblo, como uno de los objetos más importantes y privilegiados a que pueda dirigir su atención el gobierno; como una necesidad primera y urgente; como la base de todo sólido progreso; como el cimiento indispensable de las instituciones republicanas” (p. 10). Ponderando de esta forma el papel de la instrucción literaria y científica en la educación popular, las distancias con el discurso de Lastarria se acortaban, hasta desvanecerse. Pero, había algo más. Bello daba un paso realista al frente al referirse también a la necesidad del fomento de las “ciencias eclesiásticas”, algo visto con mirada no

muy halagadora por los jóvenes liberales, más bien de tendencia laica. Bello profesaba la fe católica y sabía que esta era una institución fundamental heredada de la Colonia; era necesario mantenerla como base de la unidad de creencia y del desarrollo moral de América. Importaba fortalecer la convicción religiosa, a través del cultivo de las ciencias eclesiásticas, las cuales darían conocimientos adecuados del dogma y de los anales de la fe cristiana; importaba fortalecerla entre la juventud y, a tal fin, “debemos mirar la consagración de la universalidad a la causa moral y de la religión” (p. 12).

Históricamente se podía comprobar que el cultivo de las ciencias y las letras era la fuente de toda civilización, pero también podría mostrarse la importancia de la religión como faro y luz del teatro misterioso de la conciencia. Todas las verdades se tocan “y yo extendiendo esta aserción al dogma religioso, a la verdad teológica” (p. 6). Entre las letras y la religión no podía existir una “antipatía secreta”, sino una “alianza estrecha, entre la revelación positiva y esa otra revelación universal que habla a todos los hombres en el libro de la naturaleza” (Idem). El dogma era, pues, parte de aquel sistema cultural propuesto por Bello. La razón humana es débil, y más todavía en aquellas nacientes sociedades, ¿por qué eximir las, entonces, de suministrarles alimentos sustanciosos para enfrentar los arcanos de la naturaleza y los enigmas del porvenir? La fe también llevaba en sí, al igual que las ciencias y las letras, la recompensa de lo sublime.

En aquellos momentos era mejor adoptar actitudes desprevenidas pero certeras, inocentes y sin embargo realistas, de manera de ir modelando la obra civilizatoria; de ir recogiendo y examinando, interiorizando, si se quiere, el desarrollo de la humanidad. A quienes pensaban de esta manera se dirigía Bello y, haciendo uso de Horacio, expresaba el llamado líricamente: “Que los grandes intereses de la humanidad os inspiren. Palpite en vuestras obras el sentimiento moral. Dígase cada uno de vosotros al tomar la pluma: Sacerdote de las Musas, canto para las almas inocentes y puras” (p. 20).

Bello empleaba las categorías generales que integraban su pensamiento para aprehender las características individuales de América y de sus pueblos. En su discurso inaugural, los términos de estas categorías eran fundamentales, pues se estaban echando las bases de una nueva educación; se estaban perfilando los métodos de la enseñanza civilizatoria, y sus términos no podrían ser sino realistas, reflexivos, amplios, ponderados; además, habrían de complementar y guiar el impulso dado por los jóvenes de 1842. Todos habían sido, o lo eran aún, discípulos suyos; a todos había

que estimularles sus genuinas preocupaciones, pero también había que alumbrarles el camino para evitar extravíos. El intento de fundar una literatura nacional era legítimo, pero no sin antes darle las bases de cultura y civilización. En la universidad, en la academia se irían esculpiendo éstas. Bello no hacía con sus palabras y con el ejemplo más que abrir el vasto campo. Si de libertades se trataba, el maestro lo sabía mejor que nadie y no dudaría en estimular el espíritu liberal expresando él también sus íntimas convicciones, pero no sin antes añadir una cierta amonestación ética:

Esta es mi fe literaria. Libertad en todo; pero yo no veo libertad, sino embriaguez licenciosa en las orgías de la imaginación. La libertad, como contrapuesta, por una parte, a la docilidad servil que lo recibe todo sin examen, y por otra a la desarreglada licencia que se rebela contra la autoridad de la razón y contra los más nobles y puros instintos del corazón humano, será sin duda el tema de la universidad en todas sus diferentes secciones (p. 21).

CONCLUSIÓN

De manera que en el fondo de la emancipación literaria liberal subyacía un interés eminentemente político: actuar sobre la realidad histórica mediante un seco sistema de deducciones apriorísticas. El liberalismo emprende la acción política que funda la nación. Mientras tanto, en Bello el problema era principalmente cultural, aportar los asideros que más convinieran a la adolescencia política de América para crear independencia del espíritu y de la cultura. Su idea de la nación por crear era más bien cultural, así se crearían unas comunidades robustas, sustentadas por articulaciones institucionales específicas que modelasen los hechos políticos, los discursos y las prácticas sociales. En su interés histórico por la cultura como dominio común de todos los hombres, el estudio de la individualidad a través de los testimonios y hechos que la definen cumpliría un papel ineludible.

Pero estas actitudes —la una política, la otra cultural— revelaban la presencia y acción de espíritus comprometidos con imaginar y organizar la nación. Por más que se delimitasen visiones, actitudes e intereses, había una lucha que constituía una rémora para aquel impetuoso cambio promocionado por el romanticismo. Pero en esa lucha —o, para no exagerar, digamos solo que en esa polémica fundacional literaria— el triunfo final fue de Andrés Bello, a quien siempre se le ha respetado, pero nunca adoptado como modo, como aproximación, como héroe.

Quedaba definida una cosa de la mayor importancia: el punto de partida para construir en Chile –como ocurrió por toda América, con mayores o menores diferencias– el condicionante unificador de la nación fue una literatura nacional expresión de la propia sociedad, de sus necesidades morales e intelectuales, tal como fue proclamado por Lastarria en 1842; pero también expresión de una voluntad de organizar a la vez la literatura y la política, la escritura y la acción, la sociedad y la nación. En el campo de la creación literaria, los jóvenes liberales veían la necesidad de la originalidad, de constituir una literatura propia, enteramente nacional. Sobre esta posición transitaría la expresión moderna de la sociedad chilena. En materia de literatura, esa sociedad reflejaría sus formas y estamparía su carácter y particularidades. Pero lo más significativo es que estos impulsos nacionales que invitaban a la acción cultural e intelectual hacían al mismo tiempo eco por todo el continente americano.

RESUMEN / ABSTRACT

El artículo trata el problema de la formación de las naciones hispanoamericanas, a partir del debate registrado en Chile hacia mediados del siglo XIX, en torno a la cuestión de la literatura. Se argumenta que las concepciones sobre la emancipación literaria del continente constituyen expresión significativa del complejo proceso de imaginación y creación de la nación, al mismo tiempo que contienen aquellos condicionantes unificadores que contribuyen a la fundación de la nación.

This article refers to the problem of the foundation of the Hispanic republics from the debate which took place in Chile towards the middle of the XIX century, concerning the literature question. It is argued that the views on literary emancipation from the old continent constitute a significant expression of the complex process of imagination and the creation of the national, as well as including the unifying condition which contributed to the nation-building process.